

La sacerdotisa indígena María Sabina: El poder del lenguaje como sanación

Laddy Villamizar Vélez
 Yenny Patricia Horta Lázaro
 Manuela Alejandra Díaz González
 Lic. Edu. Básica con énfasis en lengua castellana
 Semestre X – CAT Ibagué

La mujer nos exalta, nos hace salir de nosotros y, simultáneamente, nos hace volver.

Octavio Paz

La indígena de Huatla de Jiménez (México), María Sabina (1894-1985), tuvo el poder de curar enfermedades a través de cantos que improvisaba en el contexto de un ritual, para lo cual se valía de los recursos del lenguaje poético oral y de simbologías como los hongos para comunicarse con las visiones del más allá. En este sentido, el lenguaje de sus cantos contiene las visiones que Sabina en su

calidad de sacerdotisa era capaz de interpretar para leer las enfermedades y curarlas. Por tanto, se pretende dar a conocer la manera en que los cantos de María Sabina hacen emerger a la mujer indígena como sacerdotisa capaz de interpretar los poderes del lenguaje para sanar a través de ritos.

Acercamiento a su realidad

Para dar inicio, se sugiere conocer el contexto cultural en que se desarrolló esta figura femenina. Es la región de Oaxaca Méjico, donde ocurrió este fenómeno poético. Allí existe una identidad espiritual muy tolerante al sincretismo de la religión católica, por lo que sus costumbres y tradiciones se fueron edificando paso a paso en una mezcla de medicina y culto ancestral oaxaqueña junto a la devoción y fe de los santos más representativos de aquella religión, agregando que para las personas de Huatla Jiménez y alrededores, la mujer es fuente ancestral que mantiene y proyecta el desarrollo de sus vidas, por esto, en el auge de su eficaz labor curativa, depositaron ellos su plena confianza en Sabina.

Una sacerdotisa es una gran líder que busca el bien del otro sin esperar algo a cambio, teniendo la capacidad de recuperar la tranquilidad espiritual y por ende física de una persona. A continuación, se da a conocer de dónde surge en primera instancia la noción de medicina tradicional para poder comprender el contexto del ritual y sus recursos.

Lo anterior está fundamentado en la palabra ancestral, que no hace referencia al pasado o lo antiguo. Para los de Oaxaca, ancestral es un término que indica la visión que se tiene del tiempo, no existe un pasado, presente y futuro, pues el tiempo no es lineal sino cíclico y de esta manera la ancestralidad es un vínculo con la naturaleza y ahora con Dios; no se puede estar fuera de este conjunto porque se edifica constantemente con las tradiciones de cada pueblo.

En este sentido, aquellas personas forjan una relación sólida con la tierra y su hacedor, le agradecen su existencia y creen que cada uno tiene un propósito para el servicio benéfico de su región.

En relación con esto, Adolfo Castañón hace alusión a la sabia de Huautla de Jiménez, Sabina, quien aprendió de sus antepasados Mazatecos la medicina tradicional y las artes de la curación por el bálsamo del canto y del



lenguaje, reconocida mundialmente por esta última labor, que se relaciona con la cosmovisión de los habitantes.



Ceremonia a los niños santos

Llegados a este punto, la medicina tradicional que ejerce Sabina está contemplada en un contexto de ritual que se vale de aquellas concepciones para dirigirse en un protocolo que demanda espacios sagrados y que contiene ciertos elementos. Estos son un altar, velas, incensarios, fuego y finalmente la ingesta de “los niños santos”, que así personalizó Sabina a los hongos que crecían en sus laderas y que en la ceremonia dan paso al canto poético como puerta de comunión entre un universo altamente sabio, la sacerdotisa y el paciente.

Por esto, durante la evocación “el poeta habla de las cosas que son tuyas y de su mundo, aun cuando nos hable de otros mundos: las imágenes nocturnas están hechas de fragmentos de las diurnas, recreadas conforme a otra ley” (Paz, 1956, p.122). Incorporando una postura privilegiada en calidad de sacerdotisa, que sin saber leer y escribir desarrolló fácilmente este don.

Continuando con ello, el ritual inicia a media noche y simboliza para el paciente el fin de un día, situación o mal; es la hora en que empieza la etapa de sanación, ya que implica la recuperación de su espíritu. Para la sacerdotisa, la media noche hace referencia a la unión del mundo conocido con otros, en el cual las criaturas o divinidades evocan su mayor poder para recibir de

los hombres solicitudes, favores y ofrendas, a las que dan respuesta. Es cuando Sabina afirma que “allí se sabe todo. Del todo y de todos, porque allí está todo claro. Ellos son los que hablan, en las veladas trabajan mi cuerpo, me dicen que traigo la sabiduría en mis manos” (Sabina, 2008, p.7)

Hay que mencionar, también, que esto debe darse en el uso del altar o mesa, en el cual se muestran los elementos y se presentan las solicitudes. Este altar simboliza el intermedio para la comunicación de los presentes y el más allá, en él se exponen los problemas y necesidades que están simbolizados por números par en velas para encontrar el equilibrio en el que se hallará la deidad.

Lo anterior se entiende cuando Sabina canta: “¿En qué número descansas padre amado? Padre lleno de vida, padre lleno de frescura” (Sabina, 2008, p.8), agregando la importancia de alabar y elogiar al dios, en el acto de mover el incensario, como distintivo religioso para ofrendar oraciones a cambio de sanidad.

Cabe señalar que las expresiones anteriores no están fuera de lugar, ya que la humanidad siempre se ha aferrado a un ser supremo dependiendo de su cultura y el caso de Sabina no es una excepción; sin embargo, el lector que no conozca su realidad pensaría que su devoción estaría fija a los de la cultura indígena Oaxaqueña, relacionados a la naturaleza.

Por este motivo, es de interés la mención que ella hace a un dios construido según las ideas del hombre, un dios padre, hijo, espíritu y otras figuras del mundo católico, pero esto no erradica ni tergiversa su cultura, mucho menos su calidad de sacerdotisa, pues como se explicó párrafos antes se debe al sincretismo religioso. Por esta razón, María se complace en la proximidad de estos ídolos y en sus cantos busca su merced para ser cada vez más sabia:

Madre que estas en el cielo
Padre que estas en el cielo
Hacia allá me dirijo
Hacia allá voy
Pues allí estoy hablando con mi libro.
Con mi lengua y con mi boca
Porque miro hacia adentro

Porque examino. (Sabina, 2008, p.11)





Retomando la secuencia del ritual, acto seguido es ingerir los hongos o “niños santos” y pasarlos por fuego, también en número par, representando la dualidad de expulsar el mal ingiriendo el bien. Con esto, el fuego purifica el organismo del paciente, purifica el ambiente de tinieblas, relaja la mente, despeja preocupación, amplía la percepción para la solución de la enfermedad y permite una mayor concentración para la sacerdotisa, quien destierra de esta forma las energías negativas para que pueda retornar el espíritu al huésped.

Hecho esto, el paciente y Sabina comen los hongos y entonces ella se deja caer en un pozo de diversas visiones y “El dios que vive en ellos entra en mi cuerpo. Yo cedo mi cuerpo y mi voz a los niños santos. Con los niños veo a Dios. Ellos hablan y yo tengo el poder de traducir” (Sabina, 2008, p.7). Con este canto, se confirma cuál es el cauce de su lenguaje poético que “otorga a sus palabras un gusto de liberación” (Paz, 1956, p.123).

De esta manera, la sacerdotisa pretende que el paciente establezca en el ritual una conexión espiritual con los dioses y la tierra, pues los primeros le dan sabiduría para determinar el lugar exacto del cuerpo en el que está la herida, esguince, contusión, etc., y en el lugar en

que se encuentra el espíritu rebelde que huyó de él; la segunda, presta sus montes y bestias para inspeccionar y rescatarlo, reconciliando al fin al enfermo con su esencial para recobrar la salud.

Así que, en este vaivén de visiones, el “poema es creación, poesía erguida. Sólo en el poema la poesía se aísla y revela plenamente” (Paz, 1956, p.9). En consecuencia, el espíritu es traído nuevamente por la voz de Sabina cuando el huésped acepta el rito de iniciación, lo que se explica en palabras de Novalis: “La religión no es sino poesía práctica, poesía vivida y hecha acto” (Paz, p. 108).

Con lo anterior, se afirma que mediante la ceremonia

El poema, ser de palabras, va más allá de las palabras y la historia no agota el sentido del poema; pero el poema no tendría sentido —y ni siquiera existencia— sin la historia, sin la comunidad que lo alimenta y a la que alimenta. (Paz, p.120).

Pues Sabina no sería la figura de mujer poderosa, sabia, multifacética, sin los testimonios de los habitantes que constataron el bienestar físico que les permitió alcanzar; sin estudios, tan solo con su voz y devoción a sus imágenes y santos que se placen en elegirla y asistirle para que venza el mal que aqueja a los hombres.

Es así como para el mundo indígena de Oaxaca, la medicina ancestral en manos de María Sabina es una sabiduría sin tiempo, pues surgió de la Sierra y de su mundo interior materializándose en cantos inefables y revolucionarios para la actividad poética conocida en ese entonces, ya que revelaron este orbe creando otro.

Como afirma Paz “La palabra poética jamás es completamente de este mundo: siempre nos lleva más allá, a otras tierras, a otros cielos, a otras verdades” (1956, p.123). Causando tanto interés en escritores, artistas e incluso fármacos que volaban de tierras lejanas para conocer su técnica hacia el nuevo conocimiento, hacia una manera distinta de hacer poesía.

No obstante, aquellos se quedaron con planteamientos teóricos de su proceder recopilados en grabaciones, fotografías, incluso, llegando al margen del irrespeto para con los niños santos, tomándolos a cualquier hora y sin ninguna enfermedad, demostrando que estos no



buscaban una transformación si no un entretenimiento, un boleto de avión fugaz a una sensación sin sentido espiritual.

Estas figuras del mundo, en su obsesión compulsiva lograron la identificación de la sustancia química que alteraba la mente, y que reposaba en las laderas de la sierra y por ende en el corazón de los hongos, pero nunca pudieron descubrir la manera para hacer parte de este enigma, del misterio que dio base a este nivel de sanación mediante la figura del intérprete.



Este canto, posiciona a la sacerdotisa como el rocío de buenas nuevas y la figura como un camino viable de orientación y fortaleza, al ser el alba comprende la luz y pureza para ejercer y celebrar oficios divinos entre los cuales es intermediaria para la sanación, además, en esta visión, el concepto de mujer simboliza el lugar desde el cual se encarna la energía dual de los mundos que la dirigen hacia el conocimiento superior y la generación de una nueva vida.

Del camino que muestra las sombras, que puso en Sabina la voluntad de ceder su cuerpo a las deidades de la noche con las llaves del verbo, pues como afirma Paz “la llamada técnica poética no es transmisible, porque no está hecha de recetas sino de invenciones que solo sirven a su creador” (1956, p. 10): los niños santos.

...porque el lenguaje es medicina fuerte

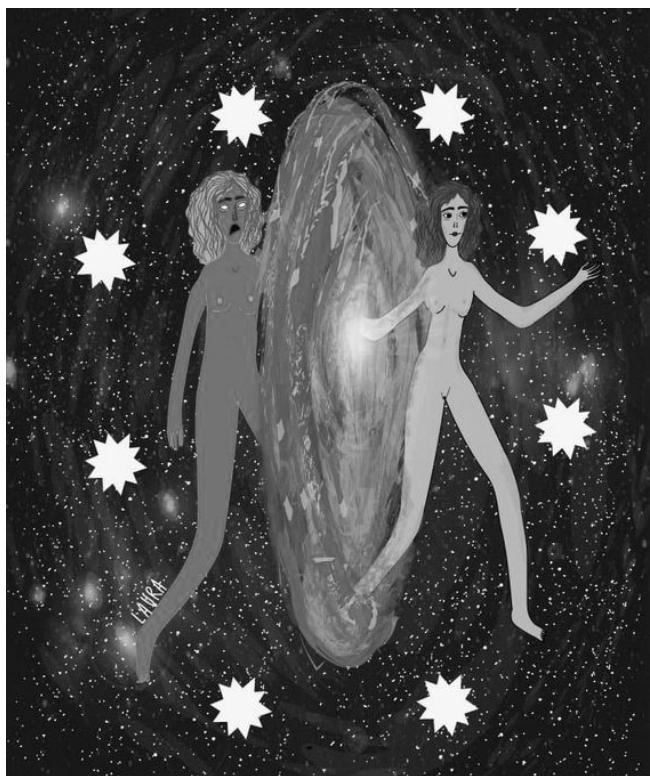
La fuerza poética de los cantos que emergían de María Sabina, son una manera distinta de hacer poesía, porque Sabina es el canto mismo, es su propio ser, convoca y evoca, es comunicación, su lenguaje es una gracia, algo exterior que descendió en ella para tener la autoridad de crear, nombrar y sanar.

“Su obra entera es una imagen. Así, por una parte, imagina, poetiza; por la otra, describe lugares, hechos y almas” (Paz, p.147) por tanto, sus cantos merecen el valor y la importancia de ser entendidos, porque más allá de revelar misterios valiosos estos curaron.

Aquí traigo mi rocío	Soy la mujer espíritu
Mi rocío fresco	Soy la mujer que trabaja
Mi rocío transparente	Soy la mujer remolino
Soy la mujer del alba	Soy la mujer que mira hacia dentro. (Sabina, 2008, p. 9)

Soy la mujer del día





De esta manera, sabina es la mujer espíritu porque los dioses se complacen en ella, está sacramentada para ser la mujer que trabaja, “para hablarnos de todos esos sucesos, sentimientos, experiencias y personas, el poeta nos habla de *otra cosa*: de lo que está haciendo, de lo que se está siendo frente a nosotros y en nosotros. Nos habla del poema mismo, del acto de crear y nombrar” (Paz, p.124)

Así, se convirtió en la mujer remolino, debido a que su lenguaje la condujo hacia la profundidad del ser, siendo sus cantos aguas que santificaban y limpiaban al paciente en el culto ancestral, llegando a ellas para calmarlas; por otro lado, estas aguas también simbolizan a las personas que han perdido el rumbo o en su defecto a su espíritu.

Aquello es lo que implica mirar hacia adentro, realizar aquel diagnóstico de una forma terapéutica

que mediante el contacto con la tierra (niños santos) favorece las posibilidades en el universo y en el hombre para la transformación física, mental y espiritual.

Como resultado, tenemos en su visión poética lo siguiente:

Porque no hay dolor
 Porque no hay tristeza
 Porque no hay guerra
 Porque no hay coraje
 Porque no hay nada salado
 Porque no hay mentiras. (Sabina, 2008, p.16)

Es así como la sacerdotisa evidencia el eficaz fruto de su labor, pues como plantea Paz “El poema no es una forma literaria sino el lugar de encuentro entre la poesía y el hombre” (1956, p.9) llegando a una intervención perfecta.

En relación con lo expuesto, para muchos que desconocen esta cultura y arte tan especial, desarrollar el don que permite un acercamiento a las técnicas senatorias pareciese un cometido fácil, basado quizá en lo que anteriormente se expuso en el marco del ritual.

Sin embargo, el lenguaje que incorpora a Sabina, hace de ella un ser omnipresente, como lo observamos en el siguiente canto: “porque puedo nadar, porque puedo volar, porque puedo rastrear” (2008, p. 18) sosteniéndose ante el tiempo, creyendo en sus concepciones y avanzando para el bien del otro, dando a entender que por más difícil que se vea la herida o la perdida, no habrá lugar al que ella no tenga autoridad para buscarlo y traerlo porque es *la mujer aerolito*, hace parte de los elementos naturales y ese papel no es algo que pueda enseñarse en el mundo conocido.

Finalmente, podemos concluir que María Sabina en su calidad de sacerdotisa indígena fue una excelente curandera y una de las mejores poetisas del siglo veinte en Méjico.

Bibliografía

Documental María Sabina

Paz, Octavio (1956) El arco y la lira.

Sabina, María (2008) Soy la Mujer remolino. Artista María Tzu

